

Latinoamérica tras la crisis de Irak

Ángel Pérez González

La crisis de Irak ha trascendido el conflicto original, el desarme de Irak tras su derrota en 1990, para provocar tensiones en prácticamente todos los resortes de la Sociedad Internacional.

La ONU, cuya estructura, y en particular la del Consejo de Seguridad, estaba ya en tela de juicio, ha sufrido notablemente con el enfrentamiento entre los Estados occidentales que, en definitiva, aseguran su funcionamiento. La UE tardará en restañar las profundas divergencias entre sus miembros más atlantistas y aquellos cuya proyección es preferentemente continental. La OTAN podría no recuperarse nunca de la desconfianza generada entre sus socios a raíz de la crisis iraquí. También Latinoamérica sufrirá las consecuencias de la crisis.

La reacción ante la postura aliada, desigual, afectará a los vínculos de Latinoamérica con los EE UU. Marginada ya tras el 11 de septiembre, su carácter periférico se ha acentuado todavía más, al tiempo que la región se repliega sobre sus problemas internos y renueva sus lazos con un cierto populismo antiamericano, anticapitalista y nacionalista que tantos temores despierta de cara al futuro.

Los atentados de Nueva York constituyen ya un hito que marca la divisoria entre dos períodos históricos y dos formas de entender las relaciones internacionales. Y sus efectos sobre Latinoamérica fueron notables. La región dejó de

constituir un interés preferente para los EEUU. Si la administración Bush inició su andadura con un cierto toque aislacionista y un repliegue de la atención exterior sobre todo el continente americano, los atentados obligaron a centrar la atención y los recursos en Afganistán, en Irak y en sus aliados europeos tradicionales, importantes ahora en la coalición antiterrorista. Por consiguiente, y en medio de una situación económica que anunciaba crisis, se postergaron asuntos como el ALCA, la emigración, tan importante para México, o una acción más decidida sobre crisis locales como la que sufría Argentina.

Pero no sólo dejó Latinoamérica de ser una prioridad para los EE UU, además el análisis de los problemas del subcontinente volvió a realizarse desde la óptica de la seguridad, considerando que el conflicto colombiano y algunos regímenes, Cuba y Venezuela por ejemplo, constituían un riesgo creciente que convenía vigilar. Por último, América Latina también perdió importancia para la Unión Europea, a pesar de que la implicación de España y Portugal en la región mantuvo su intensidad.

El 11-S puso además de relieve que el antiamericanismo era todavía común en las sociedades lati-

noamericanas. Sobre todo en la izquierda, pero también entre numerosos conservadores, los EE UU continuaban generando desconfianza. Las reacciones ante el atentado fueron lentas y, a veces, como en el caso de México, frías, manifestando, tanto las sociedades, como numerosos gobiernos, no entender la trascendencia de los acontecimientos.

El 11-S puso de relieve el ensimismamiento de la región, convencida de su carácter periférico y poco consciente de la naturaleza global de la sociedad internacional. Estos detalles no pasaron desapercibidos en los EE UU justo cuando la comunidad hispana reforzaba de manera lenta pero persistente su peso político y cultural. Sin duda un flaco favor para los millones de hispanos norteamericanos que, entre otras cosas, sintieron como propias las víctimas del 11-S.

Neopopulismo

El recurso al populismo ha sido frecuente en Latinoamérica, tanto en la derecha como en la izquierda. El desarrollo de los movimientos antiglobalización, con la amalgama de ideas que lo acompañan, ha convertido el fenómeno, sin embargo, en una ca-

racterística muy relevante de una cierta izquierda latinoamericana, anclada en los mensajes revolucionarios, el anticapitalismo y el rechazo sin concesiones de EE UU.

Esta trilogía: capital, revolución y rechazo de EE UU vertebró casi todos los movimientos sociales relevantes en el continente, desde los cocalleros bolivianos, hasta los chavistas más acérrimos, pasando, por ejemplo, por los piqueteros argentinos. La filosofía que predicaban, en terreno abonado, sin duda, responsabiliza de forma sistemática a otros de los males propios e imposibilitan la definitiva modernización de las fuerzas políticas, ancladas en paradigmas y discusiones poco menos que inútiles. La grave situación social latinoamericana explica la receptividad de las ideas populistas entre los ciudadanos de a pie, pero la aceptación de muchos no facilita la comprensión del fenómeno ni lo convierte en algo deseable, como parece haber ejemplificado el caso venezolano.

Sin duda el paradigma del populismo es Venezuela, cuya revolución bolivariana ha hecho suyos el anticapitalismo y el antiimperialismo. Los triunfos electorales de Lula en Brasil y Lucio Gutiérrez en Ecuador hicieron temer el nacimiento de un eje populista que

podría tener graves consecuencias para la estabilidad regional. El neopopulismo que agita la política regional se ha desarrollado en torno a dos ejes esenciales, uno es el rechazo a lo que genéricamente se denomina el sistema, y dentro de él a las políticas neoliberales que se abrieron camino en la década de los 90 y principios de este siglo.

*la falta de apoyo
latinoamericano a EE UU
en la crisis de Irak no ha
pasado desapercibida, así
como no lo fue su reacción
ante el 11-S*

Las críticas se han cebado sobre todo en el denominado Consenso de Washington, en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Mundial, a los que se considera en gran medida culpables de los problemas sociales del continente. Este es el centro de lo que Chávez identificó como revolución bolivariana, que sin duda despertó y despierta las simpatías de una buena parte de la izquierda latinoamericana.

Ahora bien, el populismo no es sólo propiedad de la izquierda, también la derecha ha recogido

parte de su herencia, como han demostrado Carlos Menem en Argentina o Joaquín Lavín en Chile, aunque despojado del componente antisistémico que hemos descrito. Y ello porque el segundo elemento definitorio del neopopulismo no es otro que el nacionalismo y un cierto desprecio por la democracia representativa, que se tolera, pero se manipula; algo que explica la tendencia a conformar partidos poco estructurados y

el neopopulismo tiende a conformar partidos poco estructurados y muy dependientes de un líder más o menos carismático

muy dependientes de un líder más o menos carismático. Este es un fenómeno evidente hoy en el caso venezolano, pero que en definitiva lastra la actividad política en toda la región.

A través del nacionalismo, que se traslada de la política a la economía y que ha constituido un problema permanente para las organizaciones de integración regionales, como MERCOSUR, los defectos del populismo se contagian a las demás fuerzas políticas y sectores sociales, impidiendo la

modernización de los partidos políticos y fomentando los extremismos, limitando así la colaboración entre fuerzas políticas, necesaria para crear un Estado social de derecho moderno. Este debe contar con instituciones sólidas, reglas de comportamiento democrático escrupulosas y la conciencia, en derecha e izquierda, de la necesidad de crear sistemas políticos equilibrados: libertad de mercado, democracia representativa, cobertura social, respeto del principio de legalidad y corrección estatal de aquellos desequilibrios económicos que pongan en riesgo la paz social y el reparto razonable de la riqueza. Ni se puede optar por una postura antisistema ni por un ultraliberalismo que, por lo demás, ni siquiera los EE UU practican.

El supuesto eje populista no se ha consolidado. Lula ha demostrado saber moderar su discurso, generando una confianza política sin precedentes. Los gestos de apoyo a Chávez se han quedado en sólo eso, gestos; por su parte Lucio Gutiérrez parece haber aprendido la lección de Venezuela y ha elegido cauces de acción moderados, insistiendo en sus contactos con líderes europeos y americanos en el pleno respeto de los valores democráticos. Sin duda en el devenir del sistema iniciado por Chá-

vez influyó sobremedida el estado de descomposición de la democracia venezolana en 1998. Este hecho otorgó a Chávez una legitimidad adicional de la que no han disfrutado Lula y Gutiérrez, que ganaron en segundas vueltas y en sistemas que funcionaban de forma razonable. Por tanto no existe eje populista, lo que no impide que estas ideas impregnen el poco sofisticado funcionamiento de muchos regímenes latinoamericanos fomentando un nacionalismo exagerado, una corrupción de por sí notable y una tendencia a no asumir retos y responsabilidades ya histórica en Latinoamérica.

La crisis de Irak

En términos generales los Estados latinoamericanos han reaccionado formalmente como si la crisis iraquí fuera algo extraño por completo a su realidad. Y ello a pesar de la presencia en el Consejo de Seguridad, además de España, de otros dos países iberoamericanos, México y Chile. La actitud un tanto fría demostrada en el 11-S, con algunas excepciones notables, como la del ex presidente Cardoso en Brasil, se ha trasladado al conflicto iraquí. En general los motivos de los EE UU para realizar una intervención militar generan desconfianza, y los

prolegómenos diplomáticos se interpretaron como un juego que no tenía más objetivo que facilitar la política norteamericana. Es decir, tanto si los EE UU discuten en la ONU como si no lo hacen, la calificación que han merecido ha sido mala; a duras penas existe una percepción negativa de la seguridad regional o mundial y persisten las acusaciones imperialistas contra el vecino anglosajón.

*izquierda y derecha han de
tener conciencia de la
necesidad de crear sistemas
políticos equilibrados*

La desconfianza en la política de los EE UU está justificada, para unos, en razones históricas; para otros por los síntomas unilateralistas que la administración Bush dejó ver al iniciar su mandato, como demostraron el rechazo norteamericano al Protocolo de Kioto y a la creación de un Tribunal Penal Internacional. Sin embargo la decisión de discutir la cuestión de Irak en la ONU y la aprobación de la resolución 1441 facilitaron el apoyo de numerosos miembros del partido demócrata dentro de EE UU y debieran haber permitido acercar posiciones en el exterior.

En Latinoamérica, sin embargo, se juzgó irrelevante ese cambio de actitud, consolidando su frialdad tras el inicio del conflicto. Los Estados latinoamericanos se hicieron un hueco tras las posiciones de Alemania y Francia, mientras España y Reino Unido manifestaban su apoyo a la cohesión transatlántica.

*la masiva oposición de la
opinión pública a la
intervención de EE UU en
Irak dejó poco margen de
maniobra a los gobiernos
latinoamericanos*

Los dos asientos en el Consejo que corresponden a Latinoamérica, ocupados por México y Chile, no permitieron arbitrar una posición latinoamericana común. Ambos Estados decidieron esperar y ver hasta el último momento, aunque Chile, al final, dio muestras de mayor dinamismo proponiendo una alternativa intermedia finalmente rechazada. Lo más relevante de lo que sucedió es la muestra de equidistancia que han dado casi todos los Estados latinoamericanos y la ausencia de concertación entre las delegaciones iberoamericanas, in-

cluyendo la española. La masiva oposición, además, de la opinión pública ha dejado poco margen a los gobiernos, como pone en evidencia la política errática de México.

Las tensiones entre este país y los EE UU tienen un origen claro, el fracaso de las negociaciones para legalizar a casi tres millones de mejicanos que residen ilegalmente en los EE UU. Jorge Castañeda, ex ministro de Asuntos Exteriores, pilotó una política de acercamiento a los EE UU que incluyó, por ejemplo, un empeoramiento notable de las relaciones con Cuba. El fracaso de su política y la fuerte oposición condicionaron su salida del cargo y sustitución por Luis Ernesto Derbez. Mientras éste manifestaba su simpatía por la postura franco-alemana, el presidente Fox insistía en que Irak no sería la causa de un enfrentamiento con los EE UU.

En estas circunstancias se produjo la visita del primer ministro español, J. M. Aznar, a México con la intención de intercambiar opiniones y suavizar la postura de Fox para que apoyase la posición de EE UU, una visita que se saldó con un claro fracaso, aunque es poco probable que afecte seriamente a las relaciones hispano-mejicanas.

La concertación iberoamericana ha brillado por su ausencia. Aunque inicialmente España, México y Chile habían mantenido contactos para coordinar su actividad en el Consejo de Seguridad, el desarrollo de los acontecimientos lo hizo imposible. Al contrario, ha revitalizado viejos fantasmas latinoamericanos. La identificación de la posición de España con la norteamericana, por ejemplo, ha permitido a su vez una crítica cargada de argumentos históricos antiimperialistas. Pero además se ha recrudecido una cierta tendencia aislacionista en Latinoamérica.

Todos los espacios geográficos marginales acaban por acomodarse, desarrollando una cierta resistencia a que ese *statu quo* sea modificado. Así en México se ha criticado la idea misma de que el país deba estar presente en el Consejo de Seguridad, habida cuenta de las implicaciones estratégicas que para el país tienen las posturas allí mostradas. El Brasil de Lula también ha mostrado su oposición a la guerra, modificando la postura más flexible del expresidente Cardoso. También han mostrado su oposición Argentina, Perú y por supuesto Venezuela y Cuba. Chile, por último, tuvo una posición activa, pero ambigua, al aceptar el uso de la fuerza como último recurso, al

tiempo que su ministra de Asuntos Exteriores, Soledad Alvear, ofrecía una solución equidistante entre Francia y los EE UU.

Conclusión

Es difícil saber cómo afectará la postura adoptada a México y Chile, ambos con estrechos vínculos comerciales con los EE UU. Pero es menos complicado deducir las consecuencias inmediatas de este desencuentro. La falta de apoyo latinoamericano en el conflicto no ha pasado desapercibida, como no lo hizo la reacción ante el 11-S. El margen de desconfianza colectiva, por tanto, se ha ampliado. Este fenómeno, además de afectar a la imagen de Latinoamérica en los EE UU, ya de por sí mala, pudiera bien reducir el interés por un acercamiento que, con la llegada la poder de Bush, parecía inminente.

De nuevo sufrirán las consecuencias los hispanos residentes en los EE UU, a los que se exigirá un plus de lealtad transformado sin dificultad en demandas de más rápida y profunda asimilación cultural. Pero quizás lo más determinante haya sido la constatación del escaso pulso diplomático del continente. Excepto Chile, que planteó una opción razonable y

reaccionó en medio de la batalla diplomática, los demás Estados han demostrado una falta cierta de capacidad para gestionar crisis de esta naturaleza. La inactividad de México ha sido clamorosa. Y las tendencias aislacionistas se han recrudecido, llegando, en el caso de México, a poner en tela de juicio que los esfuerzos del gobierno por ocupar un sitio en el Consejo de Seguridad hubiesen merecido la pena y tenido alguna justificación.

Las organizaciones regionales tampoco han intervenido en el debate o servido de foros de conciliación, recalcando así su debilidad extrema. Tampoco ha funcionado la relación España-Latinoamérica. El tímido intento de convencer a Fox por parte de Aznar se realizó cuando la posible cooperación diplomática se presentaba difícil en un contexto internacional muy enrarecido. Ni los EE UU ni España consideraron en ningún momento hasta enton-

ces que la colaboración latinoamericana fuera relevante.

Tanto en un caso como en otro los mecanismos de cooperación debieron haberse puesto en marcha desde el comienzo de la crisis. En este sentido es posible que las consecuencias de la crisis no sean malas, a saber, la constatación de esta debilidad diplomática bien pudiera llevar a renovar los esfuerzos de España y los EE UU por mejorar las relaciones existentes y sus mecanismos.

Es menos probable que dentro de Latinoamérica el conflicto genere una reflexión política global. Simplemente los problemas internos son demasiados y la calidad de sus hombres de Estado en general mediocre. Pero lo cierto es que países como México o Brasil deben entender, si desean ser verdaderas potencias regionales, que, ante una crisis internacional como la provocada por Irak, es necesario reaccionar con más celeridad y de forma activa. ■